

Vida social, un lenguaje para interpretar

Textos escogidos

Nils Christie

Juan Francisco Iosa
coordinador



La víctima ideal*¹

Ser víctima

Habitualmente es útil en las ciencias sociales confiar en las propias experiencias o, al menos, tomarlas como puntos de partida. Por eso, frente al desafío de hablar del tema "víctima y sociedad", comencé a pensar en mi propia historia. ¿Alguna vez fui víctima? Y, en ese caso, ¿cómo y cuándo? Les voy a pedir a ustedes que intenten el mismo ejercicio. ¿Han sido víctimas? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo fue esa situación? ¿Cómo reaccionaron? ¿Y cómo reaccionaron quienes los acompañaban? También podría pedirles que apunten algunas líneas acerca de cómo fue para ustedes ser víctimas. Pero no para poder usar esa información sino para ustedes mismos. Esas memorias personales podrían resultar valiosas durante mi exposición y, particularmente, en nuestras discusiones posteriores.

Mi conclusión personal acerca de estas reflexiones fue sorprendente: me había costado muchísimo poder encontrar algún ejemplo en el que yo haya sido víctima. Lo más cercano a haber sido víctima fue una noche de verano, mucho tiempo atrás. Fue en Finlandia, en una noche clara, como son las noches de verano en el norte, pero además tenía el azul claro particular de Finlandia. Un colega —éramos entre veinte y treinta criminólogos en el bosque— propuso una carrera ida y vuelta hasta el lago.

Fui el único que aceptó. Antes de llegar a la costa del lago, él ya estaba de regreso en el punto de partida. Cuando regresé, todo el grupo se había ido. Me sentí un *perdedor*. Después supe que el hombre que propuso la competencia era un corredor sueco que había sido campeón, ahí redefiní mi situación: fui una *víctima*.

Tras profundizar el escrutinio de mi historia personal, recordé también algunos robos de bicicletas, otra vez en que entraron a robar

* Publicado en Fetter, Ezgat A. (ed.), *From Crime Policy to Victim Policy*, Londres, 1986. Traducción: Cintia Weckesser.

¹ El autor agradece los valiosos comentarios que recibió de Vigdis Christie, Tove Stang Dahl, Sturla Falck, Ezzat Fattah y Anglika Schafft.

a mi departamento, el robo de un cochecito de bebé, otra oportunidad en que entraron a robar a una cabaña. Pero esas veces no fueron importantes. La noche azul en Finlandia es la que recuerdo.

Mis reflexiones preliminares fueron dos; en primer lugar, que ser una víctima no es una esencia, un fenómeno objetivo. Inclusive no es lo mismo para todas las personas en una situación que pueda ser definida externamente como "la misma situación". *Tiene que ver con la percepción de la misma persona.* Algunos pueden ver valor (yo me atreví a participar), donde otros pueden ver a una víctima (fui engañado).

En segundo lugar, el fenómeno puede ser investigado tanto desde el punto de vista de la personalidad como desde el punto de vista del sistema de relaciones sociales. Algunos pueden tener personalidades que los hacen sentirse a sí mismos como víctimas en la mayoría de las situaciones de la vida, mientras que otros tienden a definir su vida de acuerdo a otras dimensiones. La tendencia a percibirse a sí mismo como víctima se puede entender como un rasgo de la personalidad. A nivel de sistema social, algunos sistemas de relaciones pueden considerar que puede haber víctimas, mientras que otros pueden no considerar que haya víctimas. En lo que sigue me voy a concentrar en la sociología del fenómeno.

La víctima ideal

En este sentido, formulo la pregunta: ¿qué caracteriza -en el nivel social- a la víctima ideal? Con la expresión "víctima ideal" no me refiero a la persona que se considera a sí misma una víctima. Tampoco estoy pensando en las personas que son más propensas a ser victimizadas ni a las que más frecuentemente son victimizadas. Estos casos pueden o no ser incluidos. *En cambio cuando digo "víctima ideal" tengo en mente a las personas o categorías de personas a las cuales -al verse afectadas por un crimen- más rápidamente se les otorga completa y legítimamente el estatus de víctima.* La víctima ideal es, de acuerdo con mi uso del término, una especie de estatus social del mismo tipo y nivel de abstracción que los casos de "héroe" o "traidor". Es difícil contar estas víctimas ideales. De mismo modo que es difícil contar héroes. Pero pueden ser ejemplificados. La mayoría de nosotros tendremos algunos casos en mente. Déjenme darles uno de mi cultura, la diminuta anciana que vuelve a casa en pleno día, después de haber cuidado a su hermana enferma. Si ella es atacada por un hombre que le golpea la cabeza y después le roba la cartera para

gastarse el dinero en drogas o alcohol, estamos casi frente a lo que en mi país sería una víctima ideal. Esta posee cinco atributos:

- 1) La víctima es débil. Enfermos, viejos o aquellos muy jóvenes están particularmente en condiciones de ser víctimas ideales.
- 2) La víctima estaba llevando adelante una tarea respetable -cuidando a su hermana-.
- 3) Se encontraba donde podía estar sin ningún inconveniente -en la calle y de día-.
- 4) El criminal era corpulento y malo.
- 5) El criminal era un desconocido para ella.

En contraste, podemos pensar un ejemplo en el que un hombre joven, que se encuentra bebiendo con otros en un bar, es golpeado en la cabeza por un conocido quien, además, le roba su dinero. Su cabeza podría ser golpeada incluso más brutalmente que la cabeza de la anciana del ejemplo anterior, incluso este hombre podría necesitar aún más su dinero que la anciana del ejemplo anterior. Pero de ninguna manera este joven podría considerarse una víctima ideal.

- 1) Este joven es fuerte.
- 2) No estaba llevando adelante una tarea respetable.
- 3) Él pudo haber evitado el ataque si no hubiera estado allí.
- 4) El joven es tan corpulento como el criminal.
- 5) El joven conocía al criminal.

La importancia de estas diferencias puede mostrarse en los casos de violación. El caso ideal aquí es el de la joven virgen que se dirige a casa después de visitar a un pariente enfermo, ferozmente apresada o amenazada para que se rinda. De este ejemplo hay años luz de distancia con el caso de la joven experimentada que vuelve a casa de noche a la salida de un restaurante, y ni hablar de la prostituta que en la misma situación busca la ayuda de la policía.

Hasta ahora he considerado que *la víctima ideal es débil comparada con el criminal desconocido, en la medida en que haya puesto una energía razonable para protegerse a sí misma* (en raros casos, a sí mismo) *para no convertirse en víctima.* Estas son condiciones necesarias. Pero no son siempre suficientes. Esto puede ilustrarse si vamos al caso de la violencia familiar. En mi país, los maridos pueden ir a la cárcel por violar a sus esposas. No tendría que aclarar que estos casos de hombres son pocos y aislados, y que estas mujeres no son, en su mayoría, ejemplos de víctima ideal. Tal sería también el caso de las madres que abusan de sus hijos y los maltratan. Tenemos todas las razones para creer que la violencia familiar es una de las mayores esferas de violencia y crimen en mi país pero, aun así, pare-

ce haber sido, hasta muy recientemente, casi imposible discutir abiertamente este fenómeno, sentenciar a los criminales y reconocerles a las víctimas el estatus legítimo de víctima.

¿Por qué?

Creo que las feministas han dado la respuesta correcta. Es interés de todas las partes —a excepción de algunos violadores aislados— proteger a las mujeres de cualquier intruso. Está en el interés de todos proteger a los niños de los monstruos que acechan en las calles o en los parques. Esos monstruos deben ser sentenciados de por vida y sus víctimas deben tener todo el cuidado y protección posibles. Pero cada hogar es un mundo. Los niños pueden comportarse provocativamente, incluso, sexualmente. Y las esposas, después de todo, forman parte de una relación basada en un contrato de mutua procuración de servicios. Hay mucho más entre el cielo y la tierra de lo que nuestros vecinos pueden entender y, además —lamentablemente—, el hombre puede tener relativamente buenas razones para su comportamiento. La familia extendida se ha encogido, los sirvientes han desaparecido. Son aislados los casos de familias nucleares que preservan la cultura heredada de la dominación masculina. Dicho más duramente, las esposas oprimidas no son buen ejemplo de víctima ideal porque nosotros —los hombres— entendemos este fenómeno extraordinariamente bien, y porque nosotros podemos extraer la definición válida. Es de acuerdo a la *Weltanschauung* e intereses masculinos no ver rudeza en el maltrato de las personas con las que vivimos, como para que se trate de “víctimas”. Cuando un hombre abusa de su esposa y ésta llama a la policía, en mi cultura, se trata de un caso de *husbråk*. Eso quiere decir “ruido en la casa”. Ser ruidoso no te hace buena víctima. El ruido es algo que debe ser acallado.

Pero con estos ejemplos ingresamos a una zona en la que recientemente se han producido cambios importantes. Las esposas no son “víctimas ideales”. No aún. Pero cada vez están más cerca. Son más “ideales” ahora que antes. La explicación de este desarrollo es tan simple como lamentable: estos cambios están siendo posibles porque tenemos mayor influencia que antes y no porque hayamos mejorado moralmente, porque nos estemos volviendo más amables.

Tenemos tanta influencia que ahora las partes se pueden separar, marcharse. Las esposas no tienen que seguir soportando. Con el cambio de las condiciones materiales, las mujeres ahora ven menos “natural” soportar el abuso o violaciones domésticas. Incluso están más cerca de reclamar que su definición de la situación es la definición válida. Pueden reclamar políticamente que son las víctimas rea-

les. Tan ideales como las venerables ancianas o como las doncellas de regreso a casa después de cuidar a un enfermo.

Pero no se trata de estos casos. No tanto y no aún. Aunque los cambios se orientan en esta dirección. No hay razones para considerar que la violencia familiar ha aumentado. Pero el estatus de las mujeres ha cambiado. Se transformaron sus condiciones materiales tanto como su visión de sí mismas. Las mujeres abusadas están muy cerca de ser consideradas “víctimas ideales”, es decir, de ser consideradas y considerarse a sí mismas como tales.

Entonces hay otra condición, la número seis, para ser una víctima ideal: esto es, ser suficientemente poderoso para hacer pública la propia causa y reclamar el estatus de víctima ideal. O, como alternativa, no tener contrapartes demasiado poderosas como para que la propia causa sea desoída.

* * *

¿Podemos concebir la situación en la que una mujer común, esposa o concubina, es considerada víctima ideal si es maltratada físicamente por su compañero? Yo estoy convencido de que, más allá de la teoría, esto difícilmente puede ocurrir. E incluso dudo que esto *deba* ocurrir. Mi reflexión anterior fue que las mujeres obtuvieron la definición de víctimas de sus parejas cuando consiguieron independencia económica. Pero en la medida en que esto puede considerarse un avance, aparece un nuevo problema. *Las mujeres pueden estar a salvo si se van a tiempo de sus casas. ¿Por qué entonces, directamente, no se van cuando la violencia da sus primeras señales?* A través de la independencia, las mujeres son ahora como el joven en el bar, de nuestro ejemplo anterior. Él debió irse antes. Del mismo modo que estas mujeres. Mientras mayor independencia posee una mujer, mayores son sus probabilidades de reclamar estatus de víctima y de ser escuchadas. Pero, al mismo tiempo, a mayor independencia económica de la mujer menores son sus posibilidades de que su reclamo sea creíble porque no se trata de una situación de debilidad y carencia de posibilidades para protegerse. Estoy bien consciente de que mi razonamiento, en este lugar, es como debatir acerca del exceso de lluvias en el Sahara. Los mismos derechos para las mujeres están igualmente lejanos. Pero cuando de todas maneras traigo estas discusiones lo hago más allá de preocupaciones puramente teóricas. El razonamiento hace emerger otro elemento que es central para definir a la víctima ideal: ella (o a veces, él) debe ser lo suficientemente fuerte para ser escuchado y, aun, para atreverse a hablar. Pero ella (él) puede incluso *ser suficientemente débil como para constituir una*

amenaza que afecte intereses importantes de otros. Un mínimo de fortaleza es condición para poder hacerse oír, pero suficiente fuerza para amenazar a otro puede no ser muy positivo para configurar la imagen de lo que públicamente se espera de una víctima.

Déjenme ahora ilustrar la importancia de la debilidad a partir de la descripción de algunas mujeres que nunca fueron víctimas autorizadas.

La víctima imperfecta

Hace unas semanas me encontré con una persona que en el Medievo nunca hubiera obtenido el estatus de víctima ideal. Se trataba de una mujer de más de cuarenta años. Lo que mejor recuerdo es su rostro, que expresaba variaciones inusuales y sorprendentemente rápidas. En un segundo, tenía brillos de felicidad en sus ojos y en cada pequeña arruga. En el siguiente segundo, sus ojos se llenaban de pena, y su cara, de un desconsuelo que bordeaba el odio. Me di cuenta de que se trataba de un odio que dirigía directamente hacia sí misma. ¿Pero qué hubiera pasado si yo no me daba cuenta de esto? ¿Y qué hubiera sido si viviera en una cultura distinta, que me permitiera formular interpretaciones alternativas? La mujer tenía un problema que hubiera complicado tanto su vida como la mía, si ella hubiera vivido en otro siglo y yo la hubiera conocido en ese momento. Ella tenía un problema con sus pequeños demonios. A veces los demonios la rondaban. Esto la disgustaba. Incluso, porque le indicaban que ella era una mala persona. Para mí, ella tipificaba como la arquera pecadora. Pero tiene buena suerte, ella vive en este tiempo. Y vive con personas más sensibles a los destellos de brillo en sus ojos que a su odio. Y la tratan con lo que yo llamaría "tratamiento sanador de arqueros", le aplican un procedimiento por el cual remueven esos demonios de su cuerpo, los tiran fuera de la casa y cierran la puerta con llave.

Cuatrocientos años antes, la habríamos enviado a la hoguera. Ella confesaba tener demonios adentro. Se ve, en sus malos momentos, como una bruja, e incluso proclama ser una. Verdaderamente pocas veces he conocidos tan evidentes casos de brujas. Y, además, habla mucho. Quizás no haría falta torturarla para obtener información de otras brujas de la zona. Podría desencadenar una enorme cacería de brujas. Podríamos limpiar el país para proteger nuestras almas por la gloria de Dios.

Mi idea es simple: las mujeres, débiles o ancianas, no han sido siempre "víctimas ideales" para cualquier persona. Hoy podemos ver

a las brujas de antaño como víctimas de opresión. Pero esto es cuatrocientos años más tarde. En tiempos de cacería de brujas, la tortura combatía a la brujería y la muerte en la hoguera era parte de un entretenimiento público. ¿Por qué no eran vistas como víctimas?

Como sabemos, hay varias teorías acerca de las fuerzas detrás de las cacerías de brujas en el Medievo². Para nuestro propósito es suficiente señalar dos contrastes muy significativos entre aquel tiempo y el nuestro. El primero: el rol de las mujeres, particularmente el de las más viejas, se transformó. En general, parecen haber tenido más poder en esos tiempos que ahora. Tenían funciones importantes, en los nacimientos, en los casos de enfermedad y de muerte. Y tenían secretos. La gente con secretos tiene poderes, o por lo menos, un poder en potencia. Mientras que nuestros sentimientos hacia las ancianas hoy en día están más relacionados con la culpa debido a la falta de atención y de cuidados que les proporcionamos, nuestros predecesores les tenían miedo y respeto.

Este punto, de todas maneras, no tiene demasiado alcance. Muchas brujas eran reclutadas por las clases sociales más bajas. Tener poder, en ese momento, significaba evitar ser considerada "bruja". Para las brujas era preferible tener poco poder.

El segundo punto de contraste entre aquel tiempo y el nuestro tiene que ver con el sistema general de creencias. El infierno era real en el Medievo. El diablo era un rey; los diablos menores, sus sirvientes, y las brujas, sus subsirvientes y concubinas. Además, las explicaciones de la enfermedad y la mala suerte tenían que ver con las brujas. La gente podía hacerse daño empleando a brujas como intermediarias. En esa época, las enfermedades eran el resultado de cuestiones humanas como la envidia o la avaricia, mientras que nosotros, hoy en día, pensamos en gérmenes y en una buena cuota de colesterol. Una anciana, hoy en día, ha sido despojada de aquel poder y de importantes funciones sociales, propios de una cultura con otras creencias. Esto le da buenas condiciones, en comparación con la era de las brujas, para calificar como víctima ideal en casos criminales. Nosotros ya estamos sumergidos en la culpa por nuestra relación con ella. Que sea víctima de un crimen resulta buena ocasión para prestarle atención y descargar nuestra ira sobre el criminal.

* * *

² Trevor-Roper (1956) y Lea (1888), *For Norwegian conditions*, Alver, 1971.

Pero tal vez el pensamiento medieval también tenía *algunas fortalezas con la personificación de las fuentes de condiciones indeseadas*. La personificación hace posible la acción. A esto lo encontramos ilustrado si nos concentramos en otro caso de víctima imperfecta, uno que predomina en nuestras sociedades. Tengo en mente a la víctima ignorante, aquella que es víctima sin saberlo. O mejor, aquellos que son víctimas sin saber que son víctimas, ni mucho menos, la causa de su situación.

La enfermedad puede servirnos nuevamente de ejemplo. Mientras escribo este artículo, las noticias muestran que los trabajadores deberán pagar más por sus seguros de vida que los funcionarios. Deben pagar más a *su propia* compañía de seguros, la que posee y administra la central gremial de los trabajadores de mi país. "Lo sentimos mucho", dicen los encargados de la compañía, "pero se trata del simple hecho que los trabajadores mueren antes que los funcionarios". En el mercado competitivo, por lo tanto, los trabajadores tendrán que pagar más, o la firma corre el riesgo de quebrar. Aun cuando la mayoría de nosotros, en Escandinavia, hemos mejorado considerablemente nuestra situación económica, las diferencias de clases persisten. Hay personas que mueren innecesariamente temprano por pertenecer a la clase social equivocada. Son víctimas de la violencia estructural.

Perdí en aquella competencia en Finlandia. Pero después tuve información que me permitió reconocermé como víctima, no solamente como un perdedor. Más aún, tuve información que me permitió identificar al agresor. En lugar de agotar ingenuamente mi energía tratando de optimizar mi velocidad para ganarle a un campeón, o en lugar de preocuparme por otro fracaso de mi vida, yo podría haber desaprobado a mi competidor por su actitud antideportiva (y dar inicio a una eterna amistad) y después de todo, elegir para expresarme, una arena más acorde a mis fortalezas que a mis debilidades.

El niño de clase trabajadora en el sistema escolar desconoce que está participando de una competencia planeada por y para chicos de clases altas. El niño de clase trabajadora va a tomar la derrota, registrada una y otra vez en la historia de su educación, como un fracaso personal. Este va a ser uno más en la larga lista de marcas que conformarán el patrón de aceptación de recompensas menores, comparadas con las que obtienen las clases superiores. No como víctimas, pero se definirán a sí mismos como perdedores. Y, lo más importante, en este juego no hay culpables. Nadie en particular creó las reglas como para que la procedencia social sea esencial en la definición del

resultado escolar. Tampoco nadie entre los trabajadores es el responsable de la corta expectativa de vida entre los trabajadores. Los trabajadores se convirtieron en víctimas sin criminal. Y tales víctimas no son adecuadas.

Los trabajadores y las brujas no son víctimas ideales –no se ven a sí mismos ni otros los ven como víctimas– porque tienen fortalezas importantes, aunque no suficientes, porque otras personas poseen intereses encontrados y porque vivieron o viven en culturas con responsabilidades personalizadas para el caso de la enfermedad (brujas), pero despersonalizadas en cuanto al salario y las condiciones laborales (trabajadores).

El criminal ideal y el imperfecto

Las víctimas ideales necesitan –y crean– criminales ideales. Ambos son interdependientes. Una ancianita que se quiebra la cadera en un camino congelado tendrá nuestra compasión, pero no un titular en el diario. Si su caída fue a causa de un ladrón de carteras, calificaría al menos para una noticia en el diario local. Mientras más ideal es la víctima, más ideal será también el criminal. Y viceversa.

Pensemos en ejemplos de criminales imperfectos. Tengo tres tipos en mente. Uno es el traficante de drogas. En Noruega los llamamos *narkohai*. Es el más grande operador, se trata del hombre que importa grandes cantidades de drogas peligrosas, quien, cínicamente y sólo por rédito personal, causa enorme sufrimiento a toda la sociedad. Él no consume las drogas. Lo hace sólo por el dinero. Para castigarlo, hemos aumentado considerablemente las penas. El Parlamento, el *Storting*, acaba de recibir una propuesta de nuestro gabinete para subir la pena para estos delitos a 21 años. En la práctica va a ser un castigo más severo que para los casos de asesinato. El problema que queda por resolver es la inexistencia de ese tipo de delincentes. Tal como Bødal demostró (1982), se trata de una situación en la que –salvo contadas excepciones– los grandes traficantes no existen. Claro que existen los importadores. Pero casi siempre también ellos mismos son consumidores. Son víctimas de su propio negocio. Probablemente eran víctimas antes de involucrarse en el negocio. Los criminales que se vinculan con víctimas se vuelven malos criminales. Así como las víctimas que se vinculan con criminales se convierten en malas víctimas. Debido a la función social pedagógica de promover el desarrollo de potentes actitudes negativas hacia las drogas y los traficantes, al conseguir la aceptación del aumento excesivo de las penas –en comparación con estándares

usuales, la imagen del *dealer* es mejor que la del delincuente quien es, en realidad, una víctima.

La mayoría de los criminales más violentos tampoco son tan "ideales". La mayoría son conocidos por la víctima, pertenece a su círculo cercano. Cuando se trata de violencia entre hombres, la mayoría tiene lugar en la vía pública, donde ambos, el criminal y la víctima, están intoxicados, y en situaciones en las que no resulta del todo claro quién inició la acción violenta. Estadísticamente, este es el patrón típico. Pero en la medida en que esto es claro para nosotros aquí, provee una imagen incluso más inclasificable del perpetrador. El criminal ideal se diferencia de la víctima. Él es negro, moralmente hablando, frente a la blanca víctima. Es un hombre peligroso que viene de lejos. Es un humano cercano a no serlo. No es sorprendente que esta sea, en gran medida, la imagen pública del criminal.

Esto me lleva a mi tercer tipo de criminal imperfecto. Como algunos de ustedes sabrán por publicaciones mías anteriores (Christie, 1952 y 1953), hice un estudio sobre guardias en campos de concentración. Pero no estudié a los guardias del enemigo, no estudié a los SS alemanes de Buchenwald o Sachsenhausen, estudié a los guardias noruegos trabajando para los alemanes, pero matando y torturando en Noruega. No voy a dar cuenta de los resultados de este trabajo, sólo de las reacciones frente a mi trabajo. Muy simplídicamente, pude reconocer que la mayoría de los guardias eran noruegos comunes. Eran como cualquiera de nosotros. Y que pudimos haber actuado como actuaron ellos, con su edad y su nivel escolar, puestos en la misma situación. La reacción frente a mi trabajo fue la ausencia de reacción. No hubo cuestionamientos. No hubo nada. Mi artículo fue publicado en una revista que usualmente es muy citada en los medios de comunicación. Pero esa vez no. Veinte años más tarde, me propusieron publicar el manuscrito completo, como un libro. Eso hice (Christie, 1972). Esta vez, la publicación recibió algo de atención. Mi interpretación es que las publicaciones de 1952 y 1953 habían sido demasiado cercanas a la guerra. Era demasiado ver lo peor del enemigo; los asesinos y los torturadores eran como nosotros mismos. Para el sentido común eran traidores, psicópatas, dementes, malditos. Para sobrevivir en un país ocupado necesitamos una imagen deshumanizada del enemigo, extraño y distante para nosotros. En 1972 hubo otros lectores. Su necesidad de comprender fue más fuerte que su necesidad de pensar en criminales ideales. Por esos años, Milgram había publicado su trabajo (1964), el mundo miraba la guerra en Vietnam, la imagen banalizada

de la atrocidad estaba bien instalada. Quizás tuve suerte al poder publicar aquellos resultados en 1952. Varios años después tuve una conversación con el profesor Batawia de la Universidad de Varsovia. Después de la guerra, él hizo un estudio meticuloso de uno de los mayores criminales de guerra de Alemania, director de uno de los campos de concentración, hombre responsable de una enorme cantidad de muertes y sufrimiento entre los prisioneros. Las conclusiones de Batawia fueron similares a las mías. Nunca se publicaron. Y, de alguna manera, lo comprendo, en una sociedad tan perseguida como la polaca.

Víctimas ideales, víctimas reales y víctimas asustadas

Permítanme hacer una referencia a la relación entre las víctimas ideales, las reales y las asustadas. Tal como sugerí, las víctimas ideales no necesariamente tienen que ver con la predominancia de víctimas reales. La mayoría de las víctimas ideales no son frecuentemente representadas como víctimas reales. Las víctimas reales serían la negación de aquellas que son frecuentemente representadas. Según cifras oficiales, el hombre en el bar es una víctima más común que la ancianita. Las víctimas ideales tienen *miedo* de ser víctimas. Estudio tras estudio (en Escandinavia se destacan los de Balvig, 1979, y Olaussen, 1983) muestran que hay una conexión profunda entre los atributos que califican para ser una víctima ideal y tener *miedo* a ser víctima de un crimen, especialmente si es violento.

La mayoría de las víctimas reales no tiene miedo. Probablemente no tienen miedo porque *están bien informados acerca de los riesgos reales*. Circulan por zonas expuestas al crimen, pero saben, por su propia experiencia, que el crimen es un hecho aislado en esos lugares. Aislado, en comparación con todos los sucesos que tienen lugar en el día a día. Pero las ancianas se informan a través de los medios de comunicación y, en cambio, no pueden verificar personalmente lo que los medios dicen. Entonces se representan una imagen de una zona exclusivamente a partir del crimen, lo que lleva a definirla como una zona de crímenes.

Víctimas y condiciones sociales

¿Las víctimas son deseadas?

Sí y no. Pero primero, sí: cuando mejora la situación de sufrimiento de las personas. Las víctimas que no son vistas como víctimas tienen que ser reconocidas como tales. El abuso a las esposas no será

más visto como "ruido" ahora que las feministas se hacen oír. Es muy positivo que la mejora de sus condiciones materiales sumada a la valentía de las mujeres les haya permitido esto. Que las esposas o concubinas sean oficialmente reconocidas como víctimas, y que se les dé importancia, es un primer paso necesario. El segundo paso, sin embargo, sería acercar a las mujeres a la igualdad. Y ese paso podría debilitar su categoría de víctima ideal. La víctima ideal está en una posición débil y subordinada. Si las mujeres quieren ser consideradas víctimas ideales deberán aceptar estar subordinadas eternamente. No tanto como para ya no ser escuchadas, pero lo suficiente como para tener la compasión de los débiles. Mientras que, con la igualdad, verán reducido su reclamo, pero serán clásicas buenas víctimas.

Nuevamente la anciana puede servirnos para ilustrar este punto. Básicamente, puede ser protegida de dos maneras. La primera implica más policía, más castigo, más compasión pública. Pero ésta es una solución con costos considerables, incluso para la anciana. Los costos se derivan del exceso de atención puesto sobre su posibilidad de ser una víctima ideal. Este exceso produce ansiedad. El temor al crimen es una característica de las limitaciones de la vida de los ancianos. Mientras mayor es la atención que les damos como víctimas, más miedo tienen.

La otra alternativa sería hacer que las ancianas califiquen más para el estatus de brujas. Esto significaría –adaptado a los tiempos modernos– no darles un estatus tan dependiente como en nuestras sociedades, no dejarlos vivir una vida tan despojada de funciones sociales importantes. Las viejas y muchas veces ofensivas bromas hacia las suegras ya no existen en mi cultura. No son necesarias. Los ancianos están por fuera de las cuestiones importantes para la sociedad. Ellos están mayormente bien alimentados, confortables, cálidos y, de vez en cuando –contrariamente a antiguas creencias–, los visitan sus parientes. Pero ellos son receptores, clientes, consumidores; no productores. Nadie depende de ellos. Con mayor poder y mayor vida social, tres cosas podrían suceder. Posiblemente más seguido serían víctimas reales del crimen, recibirían menos atención cuando eso acontece y tendrían menos miedo a convertirse en víctimas.

* * *

El criminal ideal puede ser visto en la misma perspectiva. En ciertos estados del proceso social, sería de extrema importancia definir ciertos actos como crímenes y ciertos actores como criminales. Quienes abusan de sus esposas son buenos ejemplos de esto, en la medida en que son personas tan responsables de violar la ley como

lo son también las personas que violan la ley por manipular productos industriales venenosos, o por violar las leyes que protegen a los trabajadores. Pero, nuevamente, hay dos caminos al cielo. Cuando la maldad de este tipo de delincuentes ha sido bien establecida, entonces aparece la cuestión del endurecimiento de las penas.

Y aquí entramos en conflicto con la idea de criminal ideal. El criminal ideal es un ser lejano, mientras más extranjero, mejor. Lo menos humano posible. O mejor, un no-humano nos provoca más ansiedad. Y esto puede provocar efectos contrarios. Siendo tan extremadamente malos, sus acciones que no sean tan malas van a escapar de nuestra atención. Teniendo una idea tan simplificada del criminal ideal, nuestras cuestiones pueden seguir como siempre. Mi moral no va a mejorar con información acerca de todo lo malo que hacen estos monstruos.

Como hombres de ciencia nuestro mayor deber es clarificar, decir la verdad. Pero en raras ocasiones podemos esperar ser útiles –y recompensados– para ayudar a la sociedad a establecer representaciones del criminal ideal. Todavía nos quedan dos monstruos pendientes. La mayoría de los criminales no son ideales. Tienen las mismas relaciones y características que cualquier otra persona. Decir esto podría bloquear los intentos de externalizar el problema. Por eso, los criminólogos no son escuchados. La lección que aprendí es que la gente debe darse cuenta por sí misma. Esto quiere decir que deben verse en situaciones que los obliguen a reflexionar. Se trataría de situaciones en las cuales se acercan a los criminales y los conocen de cerca. Las sociedades fragmentadas, con individuos aislados, son ideales para crear víctimas y criminales ideales. El conocimiento hace que las evaluaciones y las sanciones para aquellos que requieren ser penados sean más realistas y complejas.

Un método importante sería hacer todo lo posible para que víctimas y victimarios puedan conocerse. En un artículo que titulé "Los conflictos como pertenencia" (Christie, 1979), pongo el énfasis en la importancia de que las víctimas tengan un rol más activo en los procesos penales. En mi libro *Los límites del dolor* (Christie, 1981), he tratado de ser aún más concreto, especialmente, acerca de la necesidad de "civilizar" el proceso legal. Las leyes no *son*, se *hacen*. Las definiciones de las leyes y los actores sociales son el resultado de las formas particulares que toma la organización social. En mi opinión, sería importante promover formas de relación que estrechen los lazos sociales, de manera que conceptos como "criminal" o "crimen" lleguen a ser considerados conceptos de muy limitada utilidad. La

culpa es necesaria para la vida en sociedad. Pero no creo que las víctimas y los criminales lo sean también.

Bibliografía

- Alver, Bente (1971), *Heksetro og trolldom*, Oslo.
- Balvig, Flemming (1982), "Ungdomskriminalitet - med særlig henblik på retssystemets utvelgelsesmekanismer", en *Arsberetning 1981 Kriminalistisk Institut*, Københavns Universitet, Stencilserie, n° 18, ps. 33-49.
- Bødal, Kåre (1982), *350 narkoselgere*, Universitetsforlaget, Oslo.
- Christie, Nils (1952), "Fangevoktere i konsentrasjonsleire", en *Nordisk Tidsskrift for kriminalvidenskap*, vol. 41, ps. 43-58.
- (1953) *ibid.*, vol. 42, ps. 44-60.
- (1972), *As a book*, Oslo.
- (1977), "Conflicts as Property", en *British Journal of Criminology*, vol. 17, ps. 1-15.
- (1981), *Limits to pain*, Oslo, Oxford.
- Dahl, Tove Stang (1980), "Kvinner som ofre", en *Nordisk Tidsskrift for kriminalvidenskap*, vol. 70, ps. 56-77.
- Lea, Henry Charles (1888), *A history of the Inquisition of the Middle Ages*, Londres.
- Olaussen, Leif Petter (1983), "Om angst for vold og alvorlig sjikane", en *Lov og Rett*, vol. 23, ps. 115-34.
- Trevor-Roper, Hugh (1956), *Witches and Witchcraft*, Gran Bretaña.

Los movimientos de víctimas de delitos frente a una encrucijada*

Acompañar a los que sufren

Tuve una experiencia reveladora hace unas pocas semanas. Mi hermana está muy enferma. Parkinson. Estoy convencido que su cerebro funciona, pero ella no puede hablar, no puede moverse, incluso su rostro está casi completamente paralizado. Nos comunicamos sólo a través de los ojos.

En esa visita sus ojos estaban oscuros. Ni siquiera me miraba. Un rechazo total. Obviamente, ese día ella estaba profundamente deprimida. Y con razón, claro. Mi hermana es mucho más joven que yo, tiene hijos y nietos. Y ahora se encuentra paralizada, en una institución.

Mi inclinación natural es la de alentarla, concentrarme en el lado luminoso de la vida, puesto que, después de todo, aún está viva, sus nietos van y vienen, muchas personas la quieren. Pero en esa visita contuve mi inclinación natural y me dirigí junto a ella hacia esa depresión. Maldije su destino, usé todas las malas palabras que había en mi vocabulario (sorprendentemente eran muchas), todo para expresar cuán profundamente enojado estaba por lo que le sucedía a mi dulce hermana, cuán terrible e injusto era que todo esto le pasara a ella. Y entonces, lentamente, mientras yo maldecía, sus ojos regresaron otra vez a mí. Un entendimiento recíproco se había producido.

Creo que esto es esencial cuando se trabaja con víctimas y me condeno a mí mismo por no haber tenido siempre esto en claro durante reuniones con víctimas, o mientras leía teorías acerca de ellas. Es esencial compartir la experiencia de las víctimas, acercarse al lugar en el que están y acompañarlas. Eso es lo que hacemos con los niños cuando se lastiman un dedo o cuando pelean con un amigo. Hemos de hacer lo mismo cuando la muerte y graves sufrimientos acechan.

* Ponencia presentada en el 13th International Symposium on Victimology, Tokiwa University, Japón, 1 al 6 de septiembre de 2009. Traducción: Federico José Arena.